

CAPITULO IV

Educación clásica.

SUMARIO: § 41. Importancia capital de la cuestión.— § 42. Diversos criterios para juzgar la utilidad de los estudios clásicos.— § 43. Espíritu del cultivo de las letras clásicas en Alemania.— § 44. La cuestión del clasicismo en Alemania.— § 45. Espíritu del estudio de las letras clásicas en Inglaterra.— § 46. De cómo en Inglaterra es el estudio de las letras clásicas la base de la instrucción de las clases directoras.— § 47. Espíritu del estudio de las letras clásicas en Francia.— § 48. Espíritu del estudio de las letras clásicas en Italia, España y Portugal.— § 49. Abolición del clasicismo en la instrucción secundaria de Noruega.— § 50. Conclusiones respecto del griego.— § 51. Conclusiones respecto al estudio del latín.

§ 41. IMPORTANCIA CAPITAL DE LA CUESTIÓN

La utilidad de la enseñanza obligatoria de las letras clásicas (griego y latín) en la instrucción secundaria; la forma, oportunidad y selección de estos estudios, constituyen hoy una de las más debatidas cuestiones pedagógicas. En la crisis que en este momento histórico atraviesa el concepto de la educación, suele aparecer como piedra de toque. La supresión del griego y latín se ha levantado en algunas partes á guisa de bandera del espíritu moderno. Suele contraponerse á esos estudios la

idea-fuerza del interés económico que, como hemos visto, es la palanca que promueve la actual revolución de los principios educativos. Gente sin preparación general y sin conocimientos técnicos, novísimos fariseos, suponen que el clasicismo es retroceso. Otros hombres, pensadores contagiados por la grita, olvidan cuánto deben á sus clásicos. Las disonancias melodramáticas del coro hacen pensar en una gran pieza sinfónica destrozada por músicos ineptos. En ocasiones, hasta hay algo de pueril snobismo en la propaganda. Alguna vez, es el malestar económico y político que se revela, busca la causa de sus males, y la miopía no descubre otra que la enseñanza de los clásicos. ¡Cómico resulta en algunas partes oír citar en las mariscalendas pedagógicas, en contra de la enseñanza clásica, el ejemplo de Inglaterra; de Inglaterra, en cuya instrucción preparatoria no se aprende casi nada, salvo rudimentos de griego y latín; de Inglaterra, en cuyas Universidades no se estudian las ciencias sociales, sino partiendo de los viejos clásicos; de Inglaterra, en cuya mayoría de Universidades se exige, como examen de ingreso, sólo nociones de griego, latín y religión; donde los niños de la clase directora no estudian otra cosa de los doce á los diez y ocho años; donde Euclides es texto, donde Aristóteles y Platón son autoridades y testimonios más irrecusables que Bacon y Locke, más cate-

góricos que Kant, más auténticos que la Magna-Carta! Alguna vez se cita el ejemplo de Alemania: y allí hasta el proletario suele saber latín y griego...

Dada esta capital importancia de la cuestión de los estudios clásicos, permítaseme cierta minuciosidad, más descriptiva que crítica, en su exposición. Acaso sea dado desentrañar á mi escarpelo la naturaleza íntima que adopta en cada parte esa enseñanza, y aun llegar á ciertas conclusiones universales.

§ 42. DIVERSOS CRITERIOS PARA JUZGAR LA UTILIDAD DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

He tratado, al efecto, siguiendo mi usual método psico-sociológico, de inquirir el espíritu con que se enseñan las letras clásicas en diversos países de alta civilización típica. La observación primordial á que llego, que encuadra dentro de la doctrina de este libro, es que en cada parte se cultiva el estudio de las letras clásicas con un *espíritu propio*. Luego, es ilógico, contra la verdadera naturaleza poliforme de las cosas, estudiar la cuestión de las letras clásicas de un modo genérico, sin haber tratado de dilucidar antes el espíritu que anima su enseñanza en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Italia y España... No lo agita el mismo soplo de vida en Oxford, que en

Berlín, que en París, que en Roma, pues en cada lugar posee una especial indole; en una palabra, *un espíritu*.

Para llegar á penetrarnos de cada uno de esos varios espíritus distintos, paréceme oportuno enumerar previamente los seis ó siete criterios diversos con que, á mi juicio, se estudian las letras clásicas en todo el orbe civilizado:

1.º Como instrucción técnica para el conocimiento erudito de idiomas muertos, y para esclarecer, con su ayuda, historia, literatura, arqueología y otras ciencias que investigan el pasado por el pasado, ó bien el presente y aun el futuro por el pasado.

2.º Como gimnasia intelectual para el estudio de las lenguas vivas extranjeras.

3.º Para el estudio de la filosofía, y especialmente de la ética antigua, sin cuyo estudio no es posible conocer plenamente la ética actual, de la cual aquélla es germen y principio.

4.º Para formar el gusto literario.

5.º Para el conocimiento etimológico de la propia lengua.

6.º Para perpetuar las fórmulas latinas de algún culto religioso.

§ 43. ESPÍRITU DEL CULTIVO DE LAS LETRAS CLÁSICAS EN ALEMANIA

Según el primer criterio de erudición pura, es que se estudian las lenguas muertas en las Universidades alemanas, y aun en sus gimnasios y escuelas-reales: pues el principal objetivo de la instrucción pública es allí, como sabemos, *instruir* más que educar. En ninguna parte del mundo se ha relacionado mejor la filología á los problemas de la historia; en ninguna parte se han hecho estudios de sánscrito, hebreo, caldeo, griego, latín, etc., con mayor constancia científica; en ninguna parte se han generalizado más tales especulaciones, ni aplicado con mayor eficacia. El espíritu eminentemente investigador y científico de los alemanes ha hallado allí un ancho campo de acción fecunda. Autores franceses, como Renan, Taine y Didon, reconocen sin ambages esa supremacía intelectual en la compenetración de las lenguas muertas, para mejor dilucidar esas interesantes almas, también muertas, de pueblos que fueron.

Dejemos á un lado el estudio universitario de otros viejos idiomas que hoy no se hablan, y que es siempre facultativo, para discutir el estudio obligatorio del griego y del latín como materias *insubstituíbles* de la instrucción secundaria. La más elemental observación que al respecto ocurre,

es que el latín es universalmente obligatorio en Alemania, en cuatro ó cinco años de estudio, en *todos* los institutos preparatorios, ya *Gymnasien* (gimnasios, colegios clásico-secundarios) y *Realschulen* (escuelas-reales científico-moderno-comerciales), ó cualquiera otra forma intermedia, como los *Realgymnasiën* (gimnasios-reales, institutos ecléctico-clásico-modernos). En cambio, como hemos visto, el griego es sólo exigible en los gimnasios, y su estudio obligatorio constituye la diferencia capital entre uno y otro tipo de institutos preparatorios. De ahí al tan decantado *carácter literario* de los gimnasios y el *científico* de las escuelas-reales. Estas emplean en ciencias parte del tiempo que los horarios de aquéllos consagran al griego, aun cuando sus planes de estudio, como veremos, exijan unos siete años, mientras que los del *Gymnasium* requieren unos ocho ó nueve, es decir, uno ó dos cursos más. Esta sencilla divergencia es la que constituye la *gran* discrepancia que agita á los educadores alemanes respecto á las letras clásicas, cuya supresión absoluta de los programas secundarios, ninguna opinión respetable reclama tan alto como en Francia.

§ 44. LA CUESTIÓN DEL CLASICISMO EN ALEMANIA

En Alemania, el Renacimiento, después de Rattichius y de Comenio, erigió al latín, al dominio

hablado y escrito del latín, la lengua de los sabios, en principal objeto de la enseñanza. A la inversa de lo que sucedía en Oxford y Cambridge, donde cada vez adquiría más importancia el helenismo, al despertarse el espíritu moderno, el griego quedó allí rezagado.

Estadísticas de tipografía traen interesantes datos acerca de esta pasajera decadencia del griego. En efecto, según Schweiger (1), han aparecido en Alemania (la Suiza alemana y los Países Bajos alemanes), desde 1542-1606, diez y seis ediciones completas (*Gesamtausgaben*) de Homero, y de ahí hasta Ernest, 1759, nada más que una; de Hesiodo, diez ediciones de 1542-1598, y de ahí una hasta 1730; de Demóstenes, cinco ediciones, de 1532-1604, y de ahí ninguna hasta la de Reisk, 1770; de Isócrates, diez y seis ediciones, de 1533-1613, y después ninguna hasta 1803; de Sófocles, ocho ediciones, de 1534-1608, y de ahí ninguna hasta 1786; de Eurípides, seis ediciones, de 1537-1599, y de ahí ninguna hasta 1778; de Píndaro, cinco ediciones, desde 1526-1616, y de ahí ninguna hasta la de Heyn, en 1773; de Luciano, seis ediciones, de 1524-1616, y después ninguna hasta 1777; de Platón, dos ediciones, de 1555-1602, y de ahí ninguna hasta la Bipontina, 1781; de Aristóteles, cuatro ediciones,

1) Citado por F. Paulsen, *ob. cit.*, t. I, pág. 475.

de 1531-1587, y de ahí ninguna hasta la Bipontina, 1791; de Euclides, siete ediciones, de 1533-1577, y después ninguna hasta 1834; de Herodoto, tres ediciones, de 1541-1608, y después ninguna hasta 1778; de Tucídides, dos ediciones, de 1540-1594, y después ninguna hasta 1784; de Xenophonte, ocho ediciones, de 1540-1596, y después ninguna hasta 1733; de Herodiano, once ediciones, de 1530-1662, y una hasta 1734, y de ahí hasta 1800, catorce; de los *Carmina* de Pitágoras y Phoclides, once ediciones, de 1539-1622, y de ahí una hasta 1720; del pequeño manual de Epicteto, siete ediciones, de 1529-1595, y luego ninguna hasta 1756.

Desde principios del siglo XIX, el estudio del clasicismo comienza á recrudecer en las Universidades alemanas. Du Bois Reymond, rector de la Universidad de Berlín, lo ha proclamado, en un discurso célebre, como la base misma de la enseñanza superior. Llega á sostener, en efecto, que la facultad más esencial de la Universidad no es la jurídica, ni la médica, ni la teológica, ni la matemática, sino la humanista, la esencialmente filológica. Y de la enseñanza Universitaria depende, naturalmente, la secundaria ó preparatoria.

El empeño de los grandes humanistas de hacer la instrucción secundaria filólogo-humanista, en contraposición á las tendencias burguesas, «filis-

teas» según los universitarios, de circunscribirla en límites más estrechos, fáciles y «prácticos» (?), ha puesto en Alemania sobre el tapete la cuestión del «clasicismo».

El sistema de *escuelas paralelas* ha venido á dar allí á la cuestión la más sensatamente conciliadora solución práctica. Como veremos, la diferencia fundamental entre *Gymnasien* y *Realgymnasien*, que da á los primeros cierto carácter de institutos preparatorios de humanidades (literatura, derecho, sacerdocio, ciencias sociales), y á los segundos cierto tinte de científicos, consiste en que en unos se estudia el griego y en otros no, siendo el latín común á ambos. Como la elección de unos ú otros es libre, y como su preparación es válida indistintamente para toda suerte de estudios superiores, si se agregan á la *Realschule* dos ó tres años complementarios para ingresar á las facultades de derecho ó humanidades, resulta que: 1.º, el estudio de ciencias y latín es obligatorio en todos los institutos preparatorios; 2.º, el estudio del griego es sólo obligatorio para aquellos estudiantes que hayan escogido los *Gymnasien*.

En cuanto á aquéllos que para nada necesitan de humanidades, que no se preparan para las profesiones liberales sino para la industria y el comercio, y que, por ende, no pueden dedicar su tiempo á los clásicos en perjuicio de estudios modernos que les serían de mayor utilidad, tienen

para educarse las *Volkschulen* (escuelas del pueblo) y ciertas escuelas técnicas é industriales, en cuyos establecimientos no se exige la menor cultura del viejo clasicismo.

Para evitar ciertas posibles contradicciones, debo hacer notar que existen planeadas, según el sistema alemán, en algunos puntos del Imperio, en Austria y en Suiza, ciertas *Realschulen* en que no se estudia latín. Pienso que deben considerarse esos establecimientos, más que como colegios de instrucción preparatoria para las Universidades, como simples institutos secundarios para completar la enseñanza del pueblo. De ahí su escasa importancia para contradecir la doctrina que desarrollo, acerca del espíritu de la educación clásica en Alemania.

Además de este primer criterio de utilidad para el estudio de las lenguas muertas, existe en Alemania otro especial que puede reputarse la causa primera de la generalización que se ha dado allí, en toda la instrucción secundaria al estudio del latín: considérase como indispensable gimnasia intelectual para el conocimiento de ciertas lenguas vivas extranjeras. El alemán es una lengua que se ha conservado intacta de la influencia del latín, salvo en ciertos contados términos; su etimología, su sintaxis, aglutinaciones, — su espíritu, — la diferencian de una manera tan radical del francés, el italiano, el español, el portugués y aun e!

inglés, que todos estos otros idiomas resultan para el germano puro de un exotismo enigmático. Los idiomas latinos, todos se vinculan en sus procedimientos, por su común origen y á pesar de sus heterogéneas asimilaciones históricas; el inglés, aunque no tiene el mismo origen que aquéllos, ha tomado de la invasión normanda un dejo galo latino que lo emparenta con francés, más de lo que á primera vista parece. De ahí que no sea tan extraña á los anglo sajones la índole de los idiomas latinos, cuanto lo es á los germanos; y de ahí que el estudio del latín tenga para éstos un mayor interés que el que tiene para aquéllos. Goethe recuerda que sus conocimientos latinizantes le ayudaron á aprender sin estudios sistemáticos el francés. Idea semejante profesan todos los educacionistas alemanes; lo que resulta perfectamente lógico para quien estudia su idioma y lo compara con los otros nombrados, al punto de que el ánimo pronto se posesiona de la convicción universal de los filólogos alemanes: que al pueblo de su habla le es casi imposible empaparse en la naturaleza de los idiomas latinos y aun del inglés, sin estudiar previamente aquella común aunque remota lengua madre de éstos. Ello explica los largos años que se le dedica, no sólo en los *Gymnasien*, sino también en las escuelas científicas por excelencia, como las *Realschulen*. Este esfuerzo de la educación, aunado á la típica facilidad lin-

güística del espíritu de ese pueblo, ha producido en las altas clases intelectuales los mayores filólogos modernos; en las bajas, grandes progresos industriales y económicos.

§ 45. ESPÍRITU DEL ESTUDIO DE LAS LETRAS CLÁSICAS EN INGLATERRA

Tan sutil y tan compleja es mi manera de concebir el espíritu que anima, contra tanta crítica contraria, el cultivo de las letras clásicas en Inglaterra, que temo carecer de dotes suficientes para exponerlo... En ningún país se atribuye igual importancia al estudio del griego en los jóvenes de las clases directoras... El fenómeno se presenta oscuramente á los ojos del sociólogo. No basta para explicarlo el espíritu conservador nacional, porque es también progresista. Ni se podría atribuir á las aficiones á la investigación científica y filológica, al modo alemán, ni á un espíritu de aticismo, á la manera francesa, por la sencilla razón de que el carácter anglo sajón carece de ambas peculiaridades. Tampoco por su utilidad para el estudio de la propia lengua, como en España é Italia, porque ni latín ni griego tienen con el inglés tan notables semejanzas; menos para el estudio de lenguas extranjeras, pues los ingleses sólo estudian el francés, más práctica que teóricamente, y porque para el conocimiento

del alemán no les serían necesarios los estudios clásicos... El enigma queda en pie: trataré de resolverlo.

Las *public schools* británicas dedican con preferencia sus ocho años de estudio al griego y al latín. Tal es el sistema que se sigue, según los modelos de Harrow, Eton, Rugby, Marlborough y demás. Las matemáticas, las ciencias naturales, las lenguas vivas extranjeras y aun el patrio idioma, ocupan secundario lugar. En algunas de esas escuelas, como la de Eton, hay una especie de «división moderna», pequeña sección en la cual contados alumnos, á manera de algunas escuelas-reales alemanas, cultivan las ciencias de preferencia al griego.

Los exámenes de ingreso á las Universidades de Oxford y Cambridge, y demás á su imagen, comprenden casi únicamente griego, latín y religión. No es posible, pues, cursarlas para adquirir luego el grado de B. A. (*bachelor of arts*, bachiller) sin el estudio elemental de ambas lenguas. Igualmente los que aspiren á otros bachilleratos cualesquiera (B. C. L., bachiller en derecho; B. S., en ciencias; por B. D., en teología), tienen que pasar ese examen previo de clásicos: por ello la instrucción preparatoria de las *public schools* dedica tan principal atención á esos idiomas, aun en detrimento de otros estudios. Mucho griego, mucho latín, bastante religión,

algo de francés y un poco de gramática inglesa, matemáticas, ciencias, historia y geografía, constituyen los programas secundarios. La misma literatura inglesa ha estado, hasta hace muy pocos años, totalmente excluida. Se estudiaba á Platón y á César; se desconocía á Shakespeare y Milton. Todo esto se ha reformado, pero débilmente. Si hay evolución modernista, ésta es tan lenta y paulatina, que casi no se percibe sino en uno que otro detalle, en una que otra innovación tímida y aislada. Ahora se cultivan más, es verdad, las letras patrias, se consideran más las ciencias, se aprende el alemán. Pero el antiguo espíritu no se ha reformado: griego y latín quedan como base angular de la instrucción secundaria de las clases medias y superiores. El secreto está en que esa educación es preparatoria para las Universidades. Se ha dicho que un *gentleman* que sólo ha cursado una *public schools*, será muy ignorante. En las Universidades se adquiere el título de B. A., que no es, por otra parte, un verdadero título profesional, sino la *patente de una preparación indispensable para constituir ese verdadero «gentleman», ó sea el perfecto ciudadano de la clase llamada á dirigir el país, y modelar con su ética el criterio de la opinión.*

§ 46. DE CÓMO EN INGLATERRA ES EL ESTUDIO DE LAS LETRAS CLÁSICAS LA BASE DE LA INSTRUCCIÓN DE LAS CLASES DIRECTORAS.

¿Cómo el espíritu positivo del pueblo inglés tolera que se ocupe la mente en los mejores años de la niñez y la juventud primera en esos estudios clásicos de lenguas muertas, en perjuicio de otros científicos y de idiomas modernos, que pueden tener más inmediata utilidad práctica? En ningún autor he hallado una explicación clara de tal cuestión. Por el contrario, he visto y oído citar con frecuencia, especialmente en autores franceses, la educación inglesa como la más positiva, y aun esgrimirla como argumento contra la instrucción clásica... No me puedo explicar esto sino por una ignorancia crasa del sistema anglo-sajón, ó por confundir la instrucción secundaria y universitaria (la educación del *gentleman*) con la del pueblo, ó sea de las *grammar schools* é institutos que preparan para ciertas profesiones que no son propiamente liberales. Pero no es eso sólo lo que se quiere reformar en Francia, sino también la instrucción preparatoria y superior, y es de esto de lo que tratamos... No hay que confundir las premisas del problema.

Hallo su resolución en el raciocinio siguiente. El papel de las *public schools* y Universidades, no es formar al pueblo, sino á la clase directora, al

gentleman, llamado, como dije más arriba, á establecer el criterio moral de la nación. Inglaterra no concibe sus progresos, sino coadyuvados, cuando no producidos, por un sano espíritu de patriotismo y de moralidad, una especie de puritanismo político-moral. Será ello una «mentira convencional»; pero es una «mentira convencional» útil. El ciudadano de sano criterio, libre y consciente de sus derechos y deberes, es el alto objetivo de la educación inglesa. Es que, en cierto modo, «la virtud y el vicio son productos como el vitriolo y el azúcar», según la gráfica frase de Taine; las primeras fábricas de tales productos no pueden ser otras que las Universidades y las escuelas. Naturalmente, ese criterio político se refiere sólo á la *res publica* interna; en manera alguna á la política externa británica, cuya rapacidad está fuera de toda ponderación... El inglés ama el sano criterio político, como una disciplina interna constituyente de su fuerza nacional, que aplica en las relaciones internacionales, sin disimular su ambición y su avaricia... En una palabra: el inglés, como persona, debe ser un entero ciudadano de noble alma; Inglaterra, como nación, una fuerza resultante de la entereza de sus miembros, que se empleará sin escrúpulos para hollar los derechos de otras naciones que se opongan á sus intereses... El puritanismo inglés en política, es un principio de conservación nacional, un ele-



mento de vigor individual y colectivo, que se aplicará en lo internacional, muchas veces, en pro del interés y contra la equidad. Puede decirse que la honradez individual produce el desmán social. Del civismo, en lo nacional, resulta el respeto de los derechos de cada ciudadano; en lo internacional, suele ser la violación de los de cada pueblo. No es Inglaterra, seguramente, e primer ejemplo que la historia nos presenta de tan irónico fenómeno sociológico, ni será el último...

Dentro de esa tendencia colectiva, se comprende que la primera condición vital del país, es su composición de perfectos ciudadanos. Inglaterra ha creado aún otro tipo, que es algo como una quintaesencia del buen ciudadano: el *gentleman*. El *gentleman* debe ser el modelo constante del ciudadano. ¿Cuál debe ser la primera condición de tal modelo, sino un alto criterio de lo bueno y lo malo, lo conveniente y lo inconveniente, ó sea de la ética social? Que ese criterio no sea del todo sincero, que aun sea casi una farsa, que constituya lo que tantos han llamado la «hipocresía inglesa», no importa: la cuestión es que existe y que dirige á la sociedad en sus rumbos de grandeza.

Dos elementos, como dejo consignado en el libro primero, forman el carácter inglés, constituyen su civismo individual y su despreocupación en la política internacional: el espíritu puritano y

el espíritu positivo. Estos son los dos polos del todo; no se contradicen; se oponen por yuxtaposición. Cada uno surge en su extremo para desarrollarse en semiesfera y converger en un ecuador imperceptible de transición. Ambos operan en armonía; ambos colaboran en la obra social; ambos forman el espíritu del pueblo. Y el alma del pueblo se manifiesta, ante todo, en su criterio para juzgar el bien y el mal, en sus relaciones del individuo al individuo y del ciudadano hacia la patria; en las de nación á nación, la razón suprema del interés británico es el principio sumo de lo permitido y lo prohibido. El espíritu puritano del pueblo es un bien positivo; su puritanismo ejerce su acción de rapiña internacional en virtud de su fuerza coercitiva nacional. Ese espíritu puritano, unas veces sincero, pasional otras, es hoy una *fórmula positiva* del utilitarismo inglés. La moral inglesa podrá no ser buena moral; pero el ciudadano inglés no debe olvidar que es *útil*; sin la moral inglesa no triunfaría Inglaterra...

No quiero decir con esto que todos los ingleses sean puritanos en religión y positivistas en filosofía, sino que existen en el alma de todos y de cada uno ciertos rasgos fundamentales de aparente rigidez moral y de aplicación utilitarista, que bien puedo llamar, por no encontrar términos más adecuados, «puritanismo» y «positivismo»; puritanismo que pueden sentir así protes-

tantes como católicos; positivismo de que deben participar tanto idealistas como materialistas. Tan notorios reputo ambos principios en el carácter inglés, que los creo indiscutibles. Cuando Taine publicó su estudio sobre *Le Positivisme anglais*, Stuart-Mill le escribió una carta, en la cual le decía esto: «Cuando yo escribí mi libro sobre el «Utilitarismo», estaba más ó menos solo en mi opinión; y aunque mi manera de ver ha encontrado una acogida, la cual en manera alguna esperaba, se cuentan todavía en Inglaterra veinte filósofos apriorísticos y espiritualistas contra cada partidario de la doctrina de la experiencia.» Ello era así, mas no importaba desmentir el aserto de Taine, pues, si no siempre en la teoría, siempre en la viva realidad poseyó el anglo-sajón un innato y latente «positivismo» práctico... Los espiritualistas y apriorísticos ingleses son pensadores aislados, que, en ciertos momentos han podido conquistarse gran número de adeptos; pero que jamás podrán borrar ese carácter del alma de su pueblo, carácter que han sabido personificar donosamente en la ciencia de las ciencias, Locke, Bacon, Hume, Mill, Spencer. — En cuanto al «puritanismo» inglés, pueril sería darle en este siglo el alcance de una estrecha secta religiosa, cuando se trata de un complejo sentimiento que, así como en cierto momento histórico dió origen á esa secta religiosa, ha sido y es causa continua de

tantos otros bien diversos fenómenos, movimientos y costumbres.

Esos dos gérmenes, esas dos fuerzas de utilitarismo y de puritanismo fósil, forman el criterio de la ética inglesa. Ese criterio es una intuición. Pero esa intuición, ¿no debe cultivarse, analizarse, desarrollarse, disecarse en el laboratorio del sociólogo, purificarse en los crisoles y alambiques del pedagogo? Y más, cuanto no debe, no puede olvidarse, que uno de sus dos generadores, el más importante, es ya un residuo del pasado y no una pasión espontánea del presente. En términos netos: la intuición del criterio de la ética nacional inglesa, ¿debe abandonarse allí á sus propias fuerzas, ó encauzarse por un estudio razonado de sus causas y orígenes? Pienso que, so pena de dejarlo debilitar y perecer, es una planta que se debe cultivar. ¿Y quiénes están llamados á cultivar en primera línea ese árbol gigantesco, cuyas raíces, que pudieran un día pudrirse por falta de cuidados, absorben los suelos de una mitad del mundo, desde Irlanda hasta Australia? ¡He ahí el papel sublime de las Universidades inglesas!

Ahora es la oportunidad de plantear la cuestión en sus últimos términos: si la alta significación intelectual de las Universidades les impone el fin de formar las clases directoras; si el principal papel social de éstas es fijar sanamente el criterio ético del pueblo; y si, por tanto, las